UN UNICO RECUERDO

Mire, déjese de cuentos y de puñeterías y agarre usted la ocasión en cuanto se le ponga a tiro. A vivir, compañero, a vivir, que son dos días... Pero ¡si luego todo se acaba...! Ande, ande, no contemple más gaitas, se lo estoy advirtiendo en serio. Todito, todito se acaba. Sin remedio, sin pena, sin parches posibles. Bueno, hasta sin recomendación, nuestro gran recurso... Nos pasamos la vida piando y piando por cosas, siempre más, siempre más, cuando no esto, pues aquello, y luego lo de más allá, o lo de al ladito mismo, que ni lo habíamos tomado en serio al pasar, nos pareció insignificante o feo tantas veces que lo vimos, y de pronto, vaya usted a saber por qué, una mañana tan clara como otra cualquiera se nos presenta tan apetecible tan apetecible que..., ¡Dios mío, qué hatajo de bobalicones somos...! ¿Que no me entiende? Pues sí que. También es usted de su tierra de usted, hombre, cómo no. Pues mire, una comparación, para que se aclare... Usted va y viene, un suponer, todos los días por las mismas calles, las mismas escaleras, las mismas... En fin, hasta la misma iglesia, qué diablos, aunque ahora no se lleve ya ir a la iglesia, también son manías... Y a ver si me entiende: seguimos suponiendo, usted ha visto todos los días las cosas que le pillan de camino, eso, las cosas, ¿no verdad?, los escaparates, las bocas de los pasos subterráneos, las caras repetidas en las paradas del autobús a las mismas horas, el guardia de servicio, el ciego que pregona los iguales, el cartelón desteñido del último camelo electoral, o el de los tabacos canarios... Todo, todo ahí afuera, clamoroso, exigente... Usted va silbandillo, chicolea a las rapacinas, que hay algunas que..., ¿eh?, y hasta saluda usted a la mujer del quiosco, una viuda de... Usted lo sabe, le dio el pésame cuando se encargó del negocio y le recomendó con palabras circunspectas, despobladas, resignación y ánimo, venga y dale con que si el tiempo, que si la juventud... Vamos, esas mandangas, ¿no verdad usted?... Viuda de un equilibrista que se despanzurró, pobre, en la feria de Cadalso por divertir por poco dinero a cuatro grullos con autoridades al frente, ya ve, hasta que le contó que empujaban el cadáver con los pies para darle la vuelta y verle las narices aplastadas, todos

simulando a la vez Infortunado. Ni seguros tenía, Dios le tenga en su Santa Gloria... Pues la viudita, lo que son las cosas, usted no le concedió importancia nunca, usted pasaba y, deprisa, le compraba el Ya, *y* El País *en cuanto le dejaron salir, y a veces alguna revista de esas políticas; no se suscribió usted nunca; a ver, casi siempre amordazadas, y también se llevaba usted medio escondidas algunas de esas otras de mucho papel y poca ropa, ¿me comprende?, y usted, tan pancho, ni siquiera la miraba cuando ella le daba las vueltas... Y, ahí está el quid, una mañana, esa mañana de que le hablo, tan parecida a todas, ha amanecido igual, con los mismos ruidos, el mismo repugnante olor trepando por los patios, reiteradas las huellas de los perros en la acera, idénticas trolas del noticiero oficial en el transistor del churrero, en el de los barrenderos cansinos, en el del portero del hotel de la esquina... Todo tan igual, y usted va, y cuando la viudita le devuelve el cambio, le roza los dedos y usted ha levantado los ojos y se ha tropezado con su sonrisa confiada, y todo a la vez, turbadora tibieza repentina, le recorre a usted por la espalda una cosa mala, de arriba a abajo, y el pulso se le quiere ir de viaje, escandaloso, y dejan de hacer ruido los coches, tantos como suben por la cuesta de... Bueno, ya sabe usted dónde es, no le voy a dar dirección y teléfono, también con usted, caray... Y usted paladea unos labios y se percata, llamándose bobo en mil tonos, de que aquellas mejillas... Y usted... Seguimos suponiendo, ¿está claro?, tengamos la fiesta en paz... Usted, digo, que ha sido un buen barbián, y se cree, so iluso, que sigue siéndolo, va y se figura que todo el monte es orégano, y que la viudita, ¿eh?, y va y se lanza, seguro del éxito, y, sí, sí, está usted bueno, ya no se llevan esas estrategias, mi querido amigo; parece mentira que esté usted tan fuera de la circulación, caramba... Pues que tiene usted que salir escaldadillo, porque, ya, en fin, ya... No me va usted a obligar a que le diga que es usted un sesentón de porras, ¿me entiende? Ah, creía... Y es que todo se acaba, amigo mío, vaya si se acaba, y el escalofrío por la raspa, y el tacto de los dedos, y los labios húmedos, y tal y tal y tal, pues que no son ya para usted y tiene que jorobarse y darse cuenta de que allí mismito hay un fulano vara alta, de esos de vaquero ceñido, camisa estrecha y cinturón anchote, larguirucho él, flacucho él, quizá con deje dialectal, qué le vamos a hacer... Y ése se lleva el gato al agua, que lo que es usted, ya, compréndalo, qué se va a llevar... Explíquelo por la democracia, don usted, la nueva democracia, o sea, vamos, que está usted inservible, de todas todas.*

Y es que cada cosa requiere su tiempo, su sazón. Si es que usted no supo aprovecharlo a su tiempo, aguántese, canejo, y a tirar como pueda. Está usted aviado, señor mío, que no hay manera de librarse de eso. Estamos mal hechos. Si usted no ha vivido bien su horóscopo, no le reci-

ben luego allá arriba, cuando palme. Así que.... ¿Qué está usted diciendo, calamidad...? Los que no son admitidos allí se tienen que pasar su eternidad personal yendo y viniendo de allá para acá, como el alma de Garibay, sin que nadie les haga puñetero caso, y se ven forzados, para no aburrirse, a hacer las faenas más huecas e irresponsables, soplar velas, asustar a las beatas con ruidos tenebrosos, dar portazos con el viento, provocar interferencias en los teléfonos, poner erratas en el Boletín Oficial, *escuchar denodadamente la Televisión Española... Total, nada de nada. Y encima muy avinagrados porque no logran dejarse ver ni entablar cháchara con cristiano alguno. Y es que, se lo digo yo, un muerto debe llevarse la maleta bien llenita. Y para colmar la vida hace falta siempre la otra mitad, alquien que le ayude a uno a henchir el inmenso vacío que, por fas o por nefas, nos ha tocado soportar...*

No, no, tampoco hace falta dramatizar, ponerse en peliculero, qué va. En seguida nos acusarán de histriones: por quejarnos, por callarnos, por beber despacio, por andar deprisa, por tener palpitaciones, por eructar verdades de a puño... Le digo a usted... No, no hace falta, le repito, ponerse trágico. Resulta guiñolesco ese afán por los gestos, las frases... ¿A santo de qué? Es bonito, créame, muy bonito, ir viendo finiquitarse las cosas. Poquito a poquito, ¿sabe?, poquito a poquito. Eso significa, ante todo, que el horóscopo de marras se ha ido viviendo de veras, con entusiasmo, con disgustillos y disgustazos, con altibajos y con, ¡ay, qué bien saben!, reconciliaciones. Todo alrededor se ha ido disfrazando de nostalgias o proyectos, de callada aquiescencia, de discutidora complicidad. Haga, haga usted memoria, que, de seguro, lo reconoce así. Qué importa que después de algún tiempo ya no nos guste la voz que nos gustaba, que resulte bobalicón lo que creíamos un hechizo, que el hastío comience a asomar detrás de un giro de reloj que muy poco antes pasaba, pasaba y pasaba sin dejar huella, pájaro en nube, caricia que llegó al corazón... Lo malo del asunto es que solamente vale la propia aventura y no sabemos apurarla, qué vamos a saber. No, no es pudor, qué va a ser, quite usted allá, en eso no hay nada nuevo, que el cuerpo tiene sus exigencias y sus mañas racionadas, no. Es harina de otro costel... Figúrese, cualquier encuentro acaba de la misma manera, por mucha hojarasca o pimienta que le echemos... Jadeo, cansancio, vacío, un profundo hiato entre dos cuerpos. Y ya está. Pero antes, ese largo antes... Algunas aves hacen una rueda vistosona, claman persiguiéndose, delirante su trino, y otros animales se desatan en quisicosas audaces o pintorescas, puede leerlas en cualquier libro de biología de general básica, digo yo. ¿O usted no lee, le molesta lo negro? Los hay hasta con fotografías la mar de aparentes. Ya ve, compruébelo, la tele o Selecciones *están persuadidas de que hacen culturita contando eso, ya ve, eso, que no debe de llevar*

siglos ni nada que digamos exactamente igual, ajeno a modas, revoluciones, creencias y demás garambainas... Pero, ¿y nosotros? Haga, haga memoria. Quizá una tarde haya usted esperado a alguien, a una hora que la costumbre ha hecho gozosa, una fiebre creciéndose en caricias, reventonas en la yema de los dedos... Ha imaginado mil azares, ha ensayado usted otras tantas frases para empezar, aumentándose la sequedad en la garganta, ligera amargura, tensos los sentidos... Pasos en la escalera, se acercan, se escudriña el ritmo, se duda, sí, no... No. Se alejan. Iban más arriba. Otra vez a ensayar, reducir el ansia o la zozobra, una escondida tramoya que nos acosa y nos empuja a cambiar de sitio un cachivache, y otro, quitar eso tan feo, estudiar una luz, acicalar una tela, eliminar un olor que, esas cosas que pasan, quién sabe si... Otra vez ruidos. Ha parado un coche abajo, se espera, acezando, oír la puerta del ascensor, el chirriar de la cerradura, el crujir del entarimado en el rellano, el timbre... Y no, no, pues que tampoco, han cerrado la puerta de otro modo, con distinto ímpetu del familiar... Y cuando ya se cumple, llenándose de pronto y sin ruido la reiterada agonía, de qué ha servido tanta imaginería, tanta lucubración, si no se dice nada, no sale, no, que no, todo resuelto en temblor, en encendida dicha transitoria, irrepetible, charloteo imbécil. Está lloviendo. En Sol ha descarrilado un tren del Metro. Hace un frío que pela. ¿Es verdad que tuviste la tripa mal? El impreso del censo es una gran coña. He comprado un décimo de la Cruz Roja... Y así así así. Tanta y tanta vida derramada ahí afuera, de repente enmudecida, entre paréntesis. Después... ¿Quién juntó lo lejano, qué escondida mano y de quién empuja los silencios, el ardoroso contacto?

Sí, mire, nosotros somos ya algo vejestorios y podemos hablar así. Como nos salga de allí. Ya huele a perro muerto toda esa monserga de ¡qué grande ser joven!, y tener que soportar sonrisitas ante el gran tema. Ahora, esos jovenzanos, tan embusteros como a su edad lo fuimos nosotros, si no más, y desde luego mucho más esaborío, por la sencilla razón de que han tenido monises y eso les ha impedido pensar a derechas; ésos, digo, no dejan de parlotear de ciertos barrios, de algunas barras, de ligues y más ligues, tanto y cuanto, y recitan y no paran las excelencias de sus ocasiones, chicas fetén, quizá universitarias. Seguro seguro que dirán «darling» a cada paso, quizá frasecillas hechas en francés, campeonas del coantró con yelo, del bifíter y la píldora, hablan de judo y de esquí, de Bertolucci y de Passolini, recuerdan sus viajes «charter» a París... Ya sabe, ellos y ellas tienen los junios atestados de matrículas de honor, buen peldaño para carguitos, y acaban, no le quepa duda, en jefazos de familia numerosa. Bla bla..., bla bla. Le digo que unos verdaderos genios para los anuncios en los solares. Pero estos tarugos se quedan de un aire si se acercan al Corpus de Camuñas, o ven la noche sanjuanera en

cualquier sitio, o el toro enmaromado en Benavente... Si serán... Qué sé yo cómo llamar a esos cenutrios. ¿Cómo dice? ¡Que se cree usted eso! Qué van a haber visto eso si ahora, fíjese, hasta se organizan viajes en autobús para visitar todos los museos de Madrid en una mañana... En autobús de esos de continua, no crea, de los de todos los días, con su retraso y todo, y sus frenazos, y sus... Bueno, ya los conoce usted. ¿O no? Lleva usted razón; seguramente harán un alto en algún meódromo para aligerarse y descansar, y, si a mano viene, tomarse una caña en el bar de la esquina cercana, poder decir: ¡Qué bien lo hemos pasado!... No, no hablo así porque ya esté yo fuera de quintas, no se crea. Ya lo sé, claro que hay jóvenes, jóvenes de veras, siempre los ha habido, son los que ponen a nuestra gran trampa una orilla de verdad, claro que los hay, estaría bueno. Ya, ya los verá usted en seguidita, en cuanto nuestra vida política..., ¿eh?... Usted me entiende. Pero éstos, los de veras, éstos no cacarean, se lo digo yo. En cambio, los otros... Mejor es dejarlos. Ya tienen bastante con los papás que se disfrutan. Mucha desenvoltura, muchas libertades, mucho de todo; a ver, papá jerarquísimo, paga... Aunque se cobre luego la factura declamando a Calderón y exigiendo la boda de penalty... O sea, que, como siempre, hay quien vive y quien se engaña con la vida ajena. Que no tenemos solución. Genio y figura... Eso. No, yo hablo de otra cosa. A nosotros, a nuestros añitos ya, todo es una enorme, una ciega, pasiva tranquilidad. O debe serlo, digo yo. Nada más, nada menos. Pero si este sosiego se quiebra, por lo que sea... Chico, qué remal que sabe...

Porque solamente se puede romper por un repajolero desajuste emocional; qué caray, todavía llevamos el alma en su... ¡Oiga, me va a hacer el favor de no redondearme las frasecitas! Se pone usted algo así, digamos, algo impertinente, ¿no le parece? Sin embargo, no se apure demasiado: también se acaba ese desajuste. Nada hay que cien años dure, ¿estamos? Las cosas pueden empezar de muchas maneras, no sabes cómo, a ver, si no haces nada por encontrarlo, no lo esperas, el desajuste. Te llueve del cielo, y tú vas y te lo crees, a ver qué vida, y picas, y te dejas llevar. A veces, tiempo y tiempo, dos, tres años, cuatro, y ni te das cuenta de que toda tu organizada vida, reglamentada cuidadosamente y sopesada, se va al garete, no cumples con tus obligaciones, horrible pecado en una sociedad donde nadie cumple con sus obligaciones y todos claman por que su vecino las cumpla. Y con una gitanería asustante te dedicas a meter la pata concienzudamente, sin saber escuchar, ni replicar, ni tener pesquis para nada, repentinamente sin timón ni constelaciones que mirar y obedecer, hombre, cómo te lo diría yo... Y todo va marchando, falaz dicha, hasta que un día, igual que otro cualquiera, acuérdese de la mañanita que le puse como ejemplo, sí, hombre, esa mañana de

la viuda, un espejo, una conversación entre dientes, una palabra malsana y chocarrera te encarcelan en la desnuda verdad: estás viejo. Viejo. Se te abren las carnes, se derrama la caja de las penas, ya tan atestada, se quiebra la tardía esperanza, ya tan delgadina, se esfuma la trasnochada ilusión. Y caes, te vas cayendo, bola de nieve crecedera deslizándose rápida, te sumerges en la honda verdad, la que nadie puede discutirte, sí, habrá sido todo muy bonito, pero, dura y todo, nada como esa verdad tan intocable y luminosa: que estás viejo, chico, vaya por Dios; estás viejo y no lo sabías, ya viejales e inservible, a solas con tu propia edad, qué envolvente consuelo, oír, palpar, por fin, una verdad enteriza en la azacaneada existencia, atiborrada de pamemas y mentiras... Una, ésa, tan verdadera. Porque, después, ya... Váyase usted al cuerno con sus infartos o sus... Bueno, no diré palabrotas. Después, ya, aprovéchese para recordar algo, que algo queda siempre. Fíjese, yo, por ejemplo, me gustan tanto las cosas, que recuerdo lo que sonaba un día en el hilo musical de un comedor donde entré por chiripa, o el anuncio que se encendía o se apagaba, machacón, en una acera donde esperé un gran rato, o una canción ñoña que armonizaba con situaciones próximas, lo hacía tan bien que ni de encargo... Una sonrisa... Sí, ya sé que después de saberse uno viejo no queda más que un camino sin regreso, pero, por lo menos, hágalo usted con un recuerdo al lado, uno tan sólo, que compense de tantas desazones. Un recuerdo que es memoria de un futuro, a voluntad desenterrado, diminuta eternidad, tan escurridiza y tibia que ni un granito de arena... Un hombre sin memoria... Diga usted que está muerto, muerto y corrompido. Ah, hágame caso, se lo digo y se lo repito, quédese con un recuerdito, no tendrá que hacer mucho esfuerzo para seleccionarlo de entre lo mucho bueno que disfrutó cuando Dios quiso, la propia sangre se lo pondrá delante de los ojos, dentro de las manos. Podrá volver así a todo, a todo... Pero, ¿es que no se entera? Le estoy diciendo que podrá regresar a todo. A todo, a lo que hizo y a lo que pensó hacer o decir, y no supo o no pudo conseguirlo, tanto como le dolió entonces, y podrá recorrer los mil paisajes, que, quién lo diría, ya no sabe si pateó o no, si estuvo solo o acompañado de lo que más deseaba, y poblarlos y vestirlos, y adivinar lo que ruge dentro de los que se le cruzan por la calle, y en el metro, o se sientan a tu lado en el cine o te dan la paz en la iglesia, y podrás saber cómo resuenan las palabras de esa pareja enamorada, mire usted, esos de ahí enfrente, en aquel banco, y hasta notar cómo te remonta por las venas una emoción que alguien, alguna vez, no insisto, una emoción y un desencanto, en fin, ¿sabe?, todo, todo por esta secreta, universal alegría de estar viejo... ¿Que nos están mirando? Bah, no haga caso, aquí los mejores siempre hemos sido, no lo dude, los que hemos hablado solos por la calle, los raros, los difíciles, sí, los que nos

quedamos quietos, inmóvil la mirada, a ver, no sabemos dónde estamos, cómo van a entender los otros que después de tanto ir y venir, conviviendo forzados, condenados, en ese instante de ausencia, brutal alegría decisiva, está usted solo, muy solo, un desvalido recuerdo entre los dedos... Sí, llévelo siempre en la mano, bien cerrada. Y es que, ¿comprende?, ya en estas alturas, cuando te han dejado así, varado en la cuneta, sin molestarse ya en fingir ternuras, amistad, quereres, y se te sacuden como perro pulgoso, si lo sabré yo, entonces, empápese, entonces es cuando, por vez primera, se da uno cuenta de que está curado, que ya no tienes la renquera de siempre, el dolor de cada día... Te han quitado, con su despego, el enorme, el punzante miedo a la vida que siempre has arrastrado a lomos, mañana y tarde disimulado con pamplinas, amabilidades, hipocresías... Hay que dar las gracias, muchas gracias, y, sin duelos ni cohetes, volverse de cara a la pared. Pero, eso sí, muy contento. Ah, se me olvidaba. No apriete la mano con su tesoro dentro. De todos modos, se la abrirán luego, con cualquier pretexto, para quitárselo, cómo van a permitirle que se lleve la felicidad consigo, qué va, hasta ahí podíamos llegar...

ALONSO ZAMORA VICENTE

Amado Nervo, 3
MADRID-9